

### III.

Jorge Parr tenia de treinta y tres á treinta y cuatro años, y conservaba, aunque algo alterada por los continuos dolores de su corazón, la misma magnífica belleza que le hemos conocido al casarse con Miss Surrey.

Pero las huellas del pesar, en nada alteraban la belleza y armonía de sus facciones, porque sus grandes ojos no eran ménos hermosos por estar cercados de una aureola oscura, producto de su continuo insomnio, ni era ménos noble su semblante por estar pálido y abatido.

Su traje era suntuoso y estaba bordado de oro y adornado con riquísimos encajes.

Jorge condujo lentamente á su esposa hasta uno de los bancos de césped que habia en el parque y la hizo sentar, permaneciendo él á algunos pasos de ella, en pié y con los brazos cruzados sobre el pecho en ademan sombrío.

Aquella tarde estaba Lady Parr mucho más abatida y desfigurada que los dias anteriores.

Daba pena ver aquella pobre jóven de veinte y cinco años al borde del sepulcro, y detenida sólo por un esfuerzo supremo de la ciencia.

La cruel enfermedad que hacia seis años la devoraba, no habia podido alterar la plácida y delicada hermosura con que la habia dotado el cielo; el color de rosa de sus mejillas se habia borrado, para dejar lugar á la pura transparencia del nácar; sus ojos azules parecian mayores; aún conservaba aquel rostro encantador restos de la redondez que la enfermedad no destruye, y que sólo se lleva la vejez.

—¡Qué! ¿No te sientas aquí... á mi lado? preguntó la Condesa mirando á su marido, en tanto que sus hijos llegaban corriendo á tomar sus manos.

—Geraldina, respondió lord Parr con voz alterada y como respondiendo á su propio pensamiento; creo que no debias haber salido hoy de tu habitacion... te encuentro abatida... débil... ¿Te sientes peor?

—¡Si, respondió la Condesa, querido Jorge: hoy es cuando he conocido que muy pronto, muy pronto voy á dejaros!

El Conde se cubrió el rostro con las manos y dejó escapar un sollozo.

—¡Dios lo dispone así, Jorge, hágase su santa voluntad! Yo soy una de aquellas dichosas criaturas que, al comparecer ante su trono, puede decirle:— ¡Gracias, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

—¿Por qué llora mi padre? preguntó Catalina acercando su rubia cabecita al oído de la Condesa.

Esta le dió por única respuesta un tierno beso en la frente; pero el Conde, al eco de aquella vocecita infantil, levantó la cabeza y fijó en su hija una mirada llena de encono.

Luego, viendo al aya que acababa de llegar, le dijo:

—Arabela, llevaos á esa niña.

Catalina miró tristemente á su padre; miró despues á su madre, y salió asida de la mano del aya.

—Hijo mio, dijo la Condesa á Guillermo, vé tu tambien á jugar con tu hermana; luego volvereis los dos.

El niño obedeció y los dos esposos quedaron solos.

—Jorge, dijo la Condesa alzando al cielo sus ojos; aquí, ante Dios, que nos oye, que nos vé, que dentro de poco me ha de juzgar, te digo que eres injusto y culpable con tu pobre hija. ¿Qué te ha hecho esa inocente criatura? ¿Y de quién ha de esperar cariño y proteccion cuando yo falte, si la aborreces tú? ¡Jorge, no me dejes morir con el horrible temor de dejarla desgraciada!... ¡Mira que ni en el cielo tendré paz!

—Geraldina, repuso Jorge tomando las manos de su esposa elevadas hácia él en actitud de súplica; yo adoraria á mi hija como á Guillermo, si al verla, no

recordase que su nacimiento te cuesta seis años de dolores, y la muerte al fin!

Las lágrimas embargaron la voz de aquel hombre valeroso, tan débil ante su inmensa pena.

La Condesa, no ménos conmovida que él, repuso con voz persuasiva y dulce y atrayendo á su marido para que se sentase á su lado:

—Amigo mio, ¿por qué echar la culpa á nuestra hija de mi temprana muerte? ¿No es Dios el que dispone de nuestra existencia? ¿No es El quien, al nacer cada uno de sus hijos, escribe en el gran libro del destino la fecha de su muerte? Si era su voluntad llamarme á su lado, lo mismo lo hubiera hecho sin nacer esa niña infeliz. Jorge, ¿quieres que yo sea dichosa en lo que falta del día de hoy? Anda á buscar á nuestros hijos y tráemelos tú mismo.

Lord Parr se levantó, cruzó una de las calles del parque y pronto llegó de nuevo al lado de su esposa conduciendo á los dos niños.

Volvió á ocupar su sitio y los colocó sobre sus rodillas.

Vencida la sorda cólera que se despertaba en su alma al pensar que, sin aquella niña, Geraldina viviría, volvía á ser padre.

Una sonrisa de inefable dicha se dibujó en los labios de la Condesa al ver á los niños en las rodillas del Conde; pero su emoción había sido tan violenta al conocer el dolor de su marido por su cercana muerte,

que aquella sonrisa materna se apagó en un desmayo mortal.

El doctor fué llamado al instante y administró á la Condesa un cordial que le hizo abrir los ojos y lanzar un débil suspiro.

—Milord, dijo el anciano judío, es preciso retirar de aquí á Su Gracia y acostarla al instante.

—¿Hay peligro? preguntó temblando Jorge al sábio doctor.

—Peligro de muerte, señor Conde.

—¿Y cuando... la perderé?... preguntó de nuevo Jorge con voz ahogada.

—Señor...

—Nada de miramientos, responde.

—Señor... respondió el judío con voz firme y acento de convicción, al rayar el alba del nuevo día, Vuestra Gracia será viudo.

Extremecióse el Conde; pero no respondió una sola palabra; él y el doctor condujeron á la Condesa á su aposento, y sus doncellas, ayudadas de Mistriss Arabela, la acostaron para morir, en el gran lecho señorial, esculpido y sostenido por columnas de bronce y alabastro.

—Querida Arabela, dijo la Condesa despues de haberse acostado, al aya de sus hijos; que se vayan todos y quedad vos á mi lado; necesito hablaros á solas.

Mistriss Arabela hizo salir á las camareras y des-

pues, obedeciendo á una señal de la Condesa, se sentó á la cabecera de su lecho.

—Arabela, empezó ésta con voz débil; mi marido va á volver y necesito aprovechar los instantes... Ese sol, que ya se está ocultando, es el último que he de ver en este mundo, y he de haceros un encargo de la mayor importancia para mí, ántes de entregarme por completo á los consuelos de la religion.

—¡Oh, mi querida señora! exclamó el aya bañada en llanto: ¿por qué no desecha Vuestra Gracia tan tristes pensamientos? ¿Por qué piensa en morir tan jóven, tan amada?

—Porque Dios me llama, y á su voz soberana no hay nada que resista, contestó la Condesa; me llama y es preciso que vaya... pero, ¡con cuánto dolor me separo de todos los que me amais! ¡Cuántas y cuán acerbas penas, turbarán mi sueño de muerte!... Arabela, vos ya sabeis la extraña aversion que mi esposo ha concebido hácia mi hija... aversion que nació cuando yo empecé á sufrir, y que ha ido creciendo con mi dolencia!

—Es verdad, Milady, respondió el aya tristemente: milord acusa á su hija de la muerte de Vuestra Gracia.

—¡Acusacion injusta, horrible, murmuró la Condesa, y que sólo puede disculpar el apasionado amor que me tiene! La esposa se la perdona... la madre no puede hacerlo. Ahora bien, Arabela, lo que quie-

ro que me prometais es no apartaros nunca del lado de Catalina... A vuestro afecto, á vuestra nobleza la confio... sed su madre, ya que va á quedar huérfana de la suya y que su padre la aborrece! ¿Me lo prometéis?

La buena señora sólo pudo responder al pronto con sollozos; pero, logrando calmar algun tanto la explosion de sus penas, alzó las manos al cielo y dijo con acento solemne:

—Juro, Milady, por la memoria de mis queridos hijos, que Miss Catalina Parr de Surrey hallará en mí siempre una madre cariñosa; que jamás me separaré de su lado, suceda lo que quiera, y que encontrará en mí el afecto más profundo y la más valerosa protectora.

—¡Ah, gracias, amiga mia, gracias, exclamó la condesa con efusion; ya puedo morir tranquila y bendiciendo á Dios que en esta hora suprema me concede tan inmenso consuelo! ¡Acabemos de arreglar este asunto tan caro para mi corazon, ántes de que se agoten mis fuerzas!

La Condesa descansó un instante y luego prosiguió así:

—No creo que la prevencion de Jorge contra su hija llegue á lastimarla en sus intereses; conozco su generosidad, su noble corazon y confio además en que mi hijo sera lo que debe ser para su hermana; no obstante, como madre, debo asegurar la suerte de

mi hija en todos sentidos... Tomad esta llave, Arabela, continuó la Condesa, sacando una de entre las ropas del lecho; es la de un armario secreto y situado en aquel rincón, entre la ensambladura de encina; allí hay un cofrecito y en él una fortuna regular para vos y que dividireis con mi hija, si la que tiene derecho á esperar le es adversa; si su padre muriese también, irá á poder de Lord Hamilton, hombre tan avaro que, hasta el día en que se case, la hará carecer de todo, creyendo que así cumple mejor con sus deberes de tutor... Si eso sucede, Arabela, haced por Catalina lo que haría yo... no le hagais perder la afición á la sencillez á que yo la tengo acostumbrada; ya sabeis de cuanta ostentación he rodeado á su hermano y que á ella la educaba en la mayor modestia... No le deis joyas... pero no dejéis tampoco que carezca de lo que, por su elevada cuna, le corresponde.

—Nada temais, Milady, respondió el aya que se ahogaba en llanto; Miss Catalina no carecerá de nada, ni hubiera carecido tampoco, aún teniendo yo que ganar lo que gastase con el trabajo de mis manos.

—¡Gracias, buena Arabela! dijo la Condesa, ahora traedme á mis hijos y llamad á mi esposo, porque siento que las fuerzas me abandonan!..

El aya salió y volvió á entrar pocos instantes después con los dos niños.

Lord Parr, que ya habia dominado en lo posible

el exceso de su aflicción, estaba arrodillado junto al lecho de su esposa.

La Condesa abrazó á sus hijos y los cubrió de caricias; recoméndoles al amor y á los cuidados de su marido y lloró mucho sobre aquellas dos cabezas infantiles. Tan triste escena agotó las escasas fuerzas que le quedaban y Arabela tuvo que llevarse á los niños.

Geraldina se volvió entonces á su esposo.

También ella sentía dolorosamente separarse de aquel hombre á quien sola y exclusivamente habia amado en el mundo, y así lo conoció el Conde á través de su sombrío dolor.

Recomendóle que tuviera resignación, volvió á encargarle á sus hijos, y luego se dedicó á la religión.

La noche la pasó sumergida en un sueño profundo.

Por la mañana, al rayar la aurora, abrió los ojos, tendió los brazos á su marido y los volvió á cerrar para no abrirlos jamás.

Catalina Parr habia perdido en su joven madre su único amparo sobre la tierra, exceptuando el desinteresado y generoso afecto de su aya Arabela.

Ya empezaban para ella en el mundo los días de amarga prueba.

IV.

Lord Parr no quiso dejar el castillo en que habia muerto su esposa.

Su dolor que, durante los primeros dias de su pérdida, siguió los trámites regulares de todos los grandes dolores, varió poco á poco de carácter.

Jorge dejó de llorar y se le vió dejar tambien de comer y de dormir, interrumpiéndose en él todas las funciones de la vida.

Cada noche bajaba al panteon de familia y se recostaba en la tumba de Geraldina, sobre la cual estaba la estatua de la jóven en actitud de orar.

El que hubiera estado observando aquella lúgubre escena, hubiera oido al Conde hablar como si se dirigiese á una persona invisible que le respondiese.

Su razon se habia trastornado y su monomanía era oir la voz de su esposa á través de la helada piedra de su sepulcro.

En los primeros dias de su viudez, pidió algunas veces que le llevasen á su hijo.